





---

## DESPUÉS DE MANTINEA

Colección dirigida por M.<sup>a</sup> Eugenia Aubet

---

Alejandro Díaz Fernández (ed.)

# DESPUÉS DE MANTINEA

EL MUNDO GRIEGO Y ORIENTE  
ANTE EL ASCENSO DE MACEDONIA

bellaterra  arqueología

---

Esta edición ha sido parcialmente costeada a través del Proyecto de Jóvenes Investigadores «Macedonia, Filipo y el siglo IV a.C.: el mundo griego ante el nacimiento de una potencia» (PPIT.UMA.B1.2017/34), correspondiente al I Plan Propio de Investigación y Transferencia del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Málaga, así como del Grupo de Estudios Historiográficos (HUM-394) de la Junta de Andalucía y de los fondos de investigación del Departamento de Ciencias Históricas y del Área de Historia Antigua de la Universidad de Málaga.

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Coordinación editorial: Mari Paz Ortuño

© Alejandro Díaz Fernández, 2023

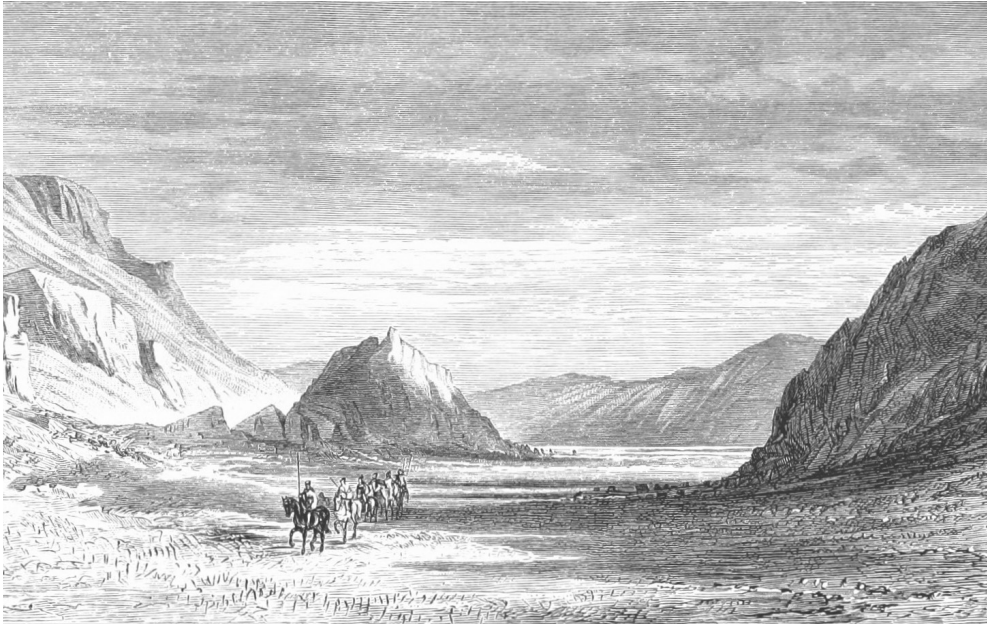
© Edicions Bellaterra S.L., 2023  
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona  
[www.ed-bellaterra.com](http://www.ed-bellaterra.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España  
Printed in Spain

ISBN: 978-84-18723-000-0

Impreso en Prodigitalk. Martorell (Barcelona)



*Llanura de Mantinea desde Tsipiana.* Ilustración de R. G. Windsor, en R. R. Farrer, *A Tour in Greece*, 1880, Edimburgo y Londres, 1882.



---

# ÍNDICE

DESPUÉS DE MANTINEA: UN PRÓLOGO NECESARIO. . . . .	11
LISTA DE ABREVIATURAS. . . . .	19
1. LA GRECIA DEL SIGLO IV A.C.: HISTORIA DE UN DIFÍCIL EQUILIBRIO, <i>Cinzia Bearzot</i> . . . . .	25
2. MACEDONIA: EL PAÍS, SUS GENTES Y SUS REYES DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO IV A.C., <i>Franca Landucci</i> . . . . .	49
3. ATENAS TRAS LA GUERRA SOCIAL: TRANSFORMACIONES INSTITUCIONALES EN LAS ÉPOCAS DE EUBULO Y LICURGO, <i>Laura Sancho Rocher</i> . . . . .	75
4. ESPARTA, ENTRE EL NAUFRAGIO HEGEMÓNICO Y EL OCASO DEL ORDEN LICURGUEO, <i>César Fornis</i> . . . . .	95
5. EL DEBILITAMIENTO DE LA HEGEMONÍA TEBANA ANTES DE LA TERCERA GUERRA SAGRADA, <i>José Pascual</i> . . . . .	115
6. ARCADIA EN EL SIGLO IV A.C.: DE LA FUNDACIÓN DE MEGALÓPOLIS AL DESARROLLO DE LA CONFEDERACIÓN ARCADIA, <i>María Cruz Cardete del Olmo</i> . . . . .	135
7. DINASTAS, TIRANOS Y LA LUCHA POR LA UNIDAD. TESALIA ANTES DE FILIPO DE MACEDONIA, <i>Stawomir Sprawski</i> . . . . .	153
8. «NADA HA CAMBIADO MÁS QUE EL ARTE DE LA GUERRA» (DEM. 9.47). LA TRANSFORMACIÓN DE LA GUERRA GRIEGA EN EL SIGLO IV A.C., <i>Fernando Echeverría</i> . . . . .	175

9. HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA GRIEGA, DE TUCÍDIDES A ALEJANDRO MAGNO, <i>Miguel Ángel Rodríguez Horrillo</i> . . . . .	197
10. GEOGRAFÍA Y CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO EN LA GRECIA DEL SIGLO IV, <i>Encarnación Castro-Páez y Gonzalo Cruz Andreotti</i> . . . . .	213
11. ASIA EN EL HORIZONTE: PRESUPUESTOS GEOGRÁFICOS E IDEOLÓGICOS DE UNA DINÁMICA DE CONQUISTA, <i>Francisco Javier Gómez Espelosín</i> . . . . .	231
12. PANHELENISMO Y GUERRA CONTRA EL PERSA, DE LA PAZ DEL REY A LA LIGA DE CORINTO, <i>Alejandro Díaz Fernández</i> . . . . .	249
13. GRIEGOS Y PERSAS DESPUÉS DE MANTINEA: LA VISIÓN DE UN CONGLOMERADO HEREDADO, <i>Manel García Sánchez</i> . . . . .	277
14. DESPUÉS DE MANTINEA: UNA MIRADA DESDE PERSIA, <i>Christopher J. Tuplin</i> . . . . .	291
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	315
Índice de nombres . . . . .	361

---

## 6. ARCADIA EN EL SIGLO IV A.C.: DE LA FUNDACIÓN DE MEGALÓPOLIS AL DESARROLLO DE LA CONFEDERACIÓN ARCADIA

*M.<sup>a</sup> Cruz Cardete del Olmo<sup>1</sup>*

Hasta el siglo IV a.C. Arcadia había sido una zona más del Peloponeso no muy diferente de sus vecinos ni especialmente llamativa para los intelectuales griegos. Sin embargo, en el siglo IV las dinámicas sociales, políticas, económicas e ideológicas del mundo griego cambian mucho y Arcadia no es en absoluto inmune a dicho cambio, sino que, por el contrario, se ve afectada de lleno por él y no sólo en cuestiones pragmáticas de tipo económico y político, sino también en la ideología que las genera y rodea y que terminan extrapolándose a la Arcadia arcaica y del primer clasicismo. Dos son los elementos principales que marcan el cambio de rumbo para Arcadia en el siglo IV a.C.: primero, el sinecismo de Megalópolis y, segundo, la fundación de la Confederación Arcadia.

### 1. LA CONSTRUCCIÓN DE MEGALÓPOLIS: EL SINECISMO

Existen dos versiones distintas sobre el sinecismo de Megalópolis. La de Diodoro (Diod. Sic. 15.72.4 y 15.94.1-3) implica directamente a veinte comunidades de las tribus parrasia y menalia (véase fig. 1) y permite fechar el hecho en el 368-367, poco después de la batalla llamada «sin lágrimas» que enfrentó a varias *póleis* arcadias con Esparta y que recibió el poético nombre debido a que la Pitia délfica vaticinó a los espartanos que la ganarían «sin derramar lágrimas» (Diod. Sic. 15.72.4; *FGrH* 239 F73).<sup>2</sup>

1. Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Universidad Complutense de Madrid.

2. Ver también A. Sealey, 1976, p. 435; S. Dusanic, 1970, p. 319; M. Moggi y M. Osanna, 2005, p. 421.

La versión de Pausanias es mucho más extensa, puesto que supondría la unión de cuarenta y una comunidades pertenecientes a siete grupos políticos diferentes unidas en un sistema similar al argivo y capitaneados por diez οικισταί procedentes de Tegea, Mantinea, Clítor y las tribus menalia y parrasia (Paus. 8.27.2). En cuanto a la fecha de la fundación, si seguimos a Pausanias (Paus. 8.27.8; Steph. Byz. *s. v.* Μεγάλη πόλις) tendríamos que situarla entre el 371-370, muy poco después de la batalla de Leuctra.<sup>5</sup>

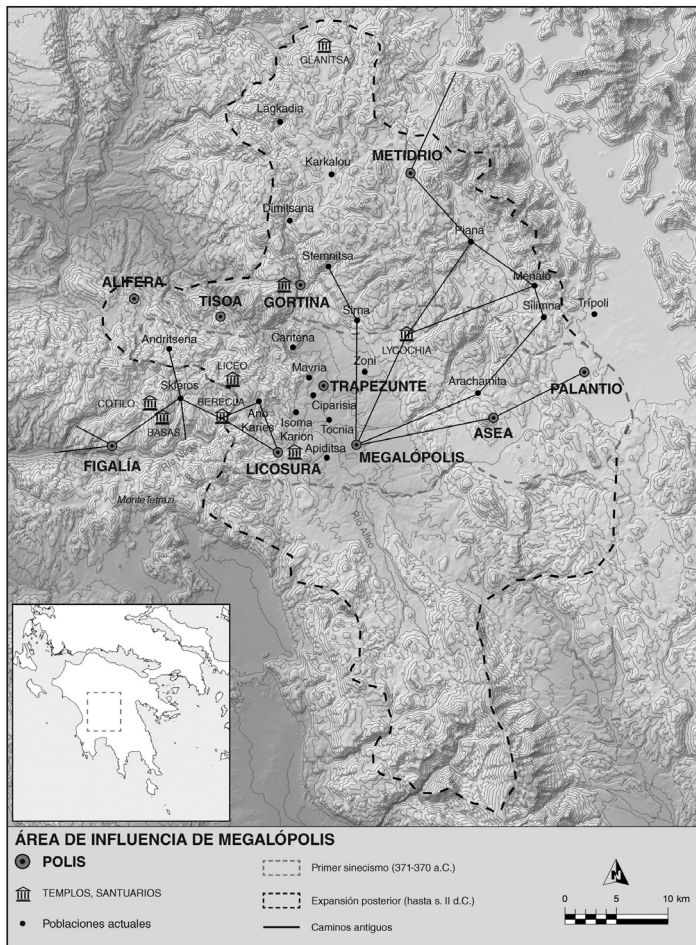


FIGURA 1. Megalópolis y su sinecismo: áreas de influencia. Mapa de la autora.

3. J. Roy, 2000b, p. 308; S. Hornblower, 1990.

Una fundación más temprana, como la que fecha Pausanias, parece encajar mejor en el complejo puzzle político de la época que la tardía de Diodoro y coincide también con la fecha (370-369) señalada por el Mármol Pario (*FGrH* 239 F73). Así pues, sin entrar en pormenores concretos, y partiendo de la fecha más temprana, el 370-369, creo que un buen resumen de la situación debe tener en cuenta que el proceso de sinecismo no fue radical ni rápido (lo cual podría deducirse de las noticias de Pausanias). Lo más probable es que la información que ofrece Diodoro se refiera al sinecismo original, que posiblemente, en efecto, sólo comprendía a menalios y parrasios. Posteriormente, una vez conseguida esta primera fase, Megalópolis se transformó en un Estado expansionista y acabó reclamando (pero no siempre consiguiendo) a todas las comunidades que Pausanias lista como parte del sinecismo originario.

La «tradición oficial arcadia» (así denominada por J. Hejnic)<sup>4</sup> fue desarrollada por Megalópolis junto con el proyecto panarcadio como una manera de justificar intelectual y políticamente su decidido expansionismo y por ello sostenía que los territorios posteriormente anexionados (Palantio, Asea y Dipaea de la tribu menalia; Alifera y Gortina de la cinuria y Metidrio, Teutis y Tisoa de la *συντέλεια* orcomenia) formaban parte, en realidad, del plan primitivo. En lo que sí están de acuerdo tanto Diodoro como Pausanias y otras fuentes menores que aluden o se refieren al proceso es en la causa de éste: hacer frente a la amenaza espartana.

Más allá de ese espíritu defensivo, un sinecismo forzoso es un proceso altamente traumático. Implica, entre otras muchas cosas, la pérdida de la *πατρίς* y la obligación de abandonar los hogares para trasladarse a una ciudad de nuevo cuño que nacía con una vocación agresiva, para muchos peor seguramente que la amenaza espartana.

Además, la absorción política y la consiguiente reordenación territorial no son los únicos cambios, sino que también hay que tener en cuenta los económicos, sociales, ideológicos y religiosos, todos de amplio calado, que llevaron en varias ocasiones a la resistencia. De hecho, no es baladí que en el 361 hubiese una rebelión de parte de comunidades absorbidas (pero obviamente no bien integradas) que, ayudadas por los mantineos y sus aliados, siempre reacios de la supremacía de cualquier otra ciudad arcadia, consiguieron desvincularse del sinecismo megalopolitano, aunque fuera por un período corto (Diod. Sic. 15.94.1-3). Sin la ayuda de los tebanos, interesados en mantener un núcleo fuerte de oposición a Esparta muy influido por ellos, posiblemente Megalópolis nunca hubiese podido reconducir la situación y recuperar el control sobre los amotinados y sus territorios.

4. J. Hejnic, 1961.

Megalópolis fue consciente de que, sin una cuidada justificación ideológica e incluso emocional, su existencia y su permanencia corrían serio peligro, y por eso, aparte de contar con la acción militar y/o represora, que utilizó en ocasiones como la que acabamos de comentar, se preocupó de construir una adecuada política religiosa, más útil a largo plazo que la acción de control directo, puesto que de tener éxito (como en parte ocurrió) podía acabar desmontando el deseo de rebelión y, con ello, contribuir a la construcción de una nueva identidad cívica. El impacto vital causado por la obligación impuesta de abandonar los hogares tradicionales y trasladarse a un territorio nuevo y en gran parte extraño es difícil de atenuar, pero Megalópolis lo intentó a través de la conservación de aquellos cultos más significativos y arraigados, capaces, aún en la distancia, de mantener el vínculo afectivo con la *πατρίς*, de modo que la separación se sintiera menos traumática. Así, Megalópolis manipuló la potencialidad de los santuarios tradicionales de dos modos, ambos igualmente sutiles y, por ello mismo, muy efectivos.

En primer lugar, se preocupó de mantener dichos santuarios en buen estado, a pesar de que las poblaciones más cercanas a ellos ya no vivieran allí. Descuidarlos hubiese sido una nueva herida abierta en los trasladados que, de esta forma, podían mantener parte de su dignidad y su identidad local vivas, aunque estuvieran incluidas en una nueva realidad. Así podemos verlo en el caso de Tisoa, cuyo santuario de la Gran Diosa recibe un impulso renovador a partir del sinecismo,<sup>5</sup> y en Zeteo y Tricolonos, antiguas comunidades eutresias absorbidas por el sinecismo, que, aunque para la época de Pausanias ya estaban totalmente abandonadas, aún mantenían cultos a Deméter y Ártemis (en el caso de Zeteo) y a Poseidón (en Tricolonos) (Paus. 8.35.6), demostrando el interés de Megalópolis por hacer presente el pasado.

Aunque los santuarios se mantuvieran en el mismo lugar y continuaran recibiendo culto de modo muy similar, los paisajes religiosos cambiaron por completo puesto que estos, en ningún caso, se circunscriben a la materialidad que forma parte de ellos, sino que la trascienden al verse esta modificada en lo simbólico. Por mucho que el aspecto físico se mantuviera, y con él la ilusión de continuidad, los significados de dichos enclaves —y de los paisajes de los que sólo eran una parte más— cambiaron por completo, reestructurándose conforme a las nuevas necesidades e intereses. Lo único que permanece es el propio deseo de permanencia que, convenientemente dirigido, es muy útil a las élites megalopolitanas y acaba proporcionando un consuelo engañoso a los antiguos habitantes de esas zonas, a quienes se les ofrece como reductos del pasado lo que no son sino marcas de identidad de los nuevos tiempos.

5. M. Jost, 1986, p. 153 y 1994, p. 226.

En segundo lugar, Megalópolis desarrolló una política de *dobletes* consistente en trasladar al centro de la nueva urbe copias de los cultos más importantes de los centros abandonados sin eliminarlos de estos. El culto antiguo permanece en su lugar (aunque, como acabamos de ver, cambie su significado), pero a la vez se replica en el ágora de Megalópolis, que acoge como protectora a todos, obviando el hecho de que fue la propia Megalópolis la que obligó a los antiguos moradores a exiliarse de sus hogares. Así ocurre, por ejemplo, con el Hermes Acacesio, cuya estatua de culto permaneció en la ciudad de Acacesio incluso cuando fue abandonada, mientras al mismo tiempo se levantaba en Megalópolis una réplica suya que se albergó en un templo del ágora (Paus. 8.30.6). Y una estrategia muy similar se siguió con el culto a las Grandes Diosas de Megalópolis, que muy probablemente se trató de una reelaboración política ritualizada que hacía gala del nombre de la nueva urbe y de las reminiscencias que este levantaba respecto al culto a las diosas de Licosura, santuario insignia del proyecto megalopolitano.<sup>6</sup> De este modo se pretendía calmar a los nuevos habitantes forzosos de la ciudad honrando a sus dioses y acercándoles un remedo de sus antiguos cultos.

Ciertamente, este juego perceptivo, emocional y político no es exclusivo de la política de asimilación megalopolitana, aunque esta lo emplee con profusión.<sup>7</sup> De hecho, sin salir de Arcadia encontramos también cultos desdoblados en enclaves distintos a Megalópolis, como por ejemplo en Féneos, que contó con un santuario al Hermes del Cileno en la propia ciudad aparte del tradicional del monte homónimo; y otro tanto ocurrió en Cafias y su santuario a la Ártemis Cnacalesia.<sup>8</sup>

Megalópolis desarrolló con ahínco la que hemos denominado, siguiendo a Hejnic,<sup>9</sup> como «tradición oficial arcadia», que catapultó a la primera línea del mundo arcadio el territorio anexionado por Megalópolis (la frontera suroeste de Arcadia con los territorios mesenios controlados por Esparta), otorgándole mayor relevancia a todos los niveles, pero especialmente al mítico, religioso e ideológico. De esta zona procedían la gran mayoría de los mitos, dioses, héroes

6. Este santuario no sólo ensalza la herencia de Licosura, sino que también castiga a la ciudad enemiga que pudo haberle hecho sombra, Trapezunte, razón por la cual dentro del complejo existió un *ισπών* de la Afrodita Macanítide que albergaba los *ξόανα* («imágenes») de Hera, Apolo y las Musas arrebatados a Trapezunte (Paus. 8.27.6 y 31.5), que fue duramente castigada y, por supuesto, no gozó de doblete alguno. Sobre los cultos desplazados como medio de castigo político ver S. E. Alcock, 1995, pp. 175-180. Sobre la importancia de Trapezunte en la configuración territorial del suroeste arcadio en el siglo V a.C. remito a M. C. Cardete, 2016, pp. 141-144; A. V. Karapanagiotou, 2005; G. A. Pikoulas, 2009.

7. M. Jost, 1992, p. 228.

8. M. Jost, 1992, pp. 223-224.

9. J. Hejnic, 1961.

y ritos que se calificaron como «arcadios», estuvieran extendidos por buena parte de Arcadia (como el dios Pan, aunque su principal área de influencia es esta) o no (circunscritos a la frontera suroeste arcadia estuvieron, por ejemplo, algunos de los hitos del supuesto «panarcadismo» defendido por Megalópolis, como el Zeus Liceo, la Calisto osa, Despina o la Deméter Melena). Se construyó así una imagen de unidad que equiparaba el nuevo Estado megalopolitano con toda la región arcadia en una manipulación política evidente que tenía por finalidad justificar el control de «todos los arcadios» por una parte de estos, pero que, sin embargo, tuvo bastante éxito propagandístico, y no tanto en el mundo griego antiguo, aunque también,<sup>10</sup> como sobre todo posteriormente, cuando los estudiosos occidentales del XIX empezaron a interesarse por el devenir de la región. Es un ejemplo muy evidente de los beneficios que, para el poder, puede llevar aparejada la «invención de la tradición».<sup>11</sup> No es casualidad, todo lo contrario, que de los veintiocho hijos de Licaón conservados por la tradición oficial arcadia (Paus. 8.3.1-6),<sup>12</sup> veintidós funden ciudades en el área megalopolitana,<sup>13</sup> apuntalando de modo artificial los supuestos esencialismo y autoctonía de un territorio que, como no podía ser de otro modo, había sido construido.

Así pues, es evidente que el mundo posterior al sinecismo de Megalópolis fue muy diferente para las comunidades que se subsumieron en la nueva urbe, ya que perdieron su independencia y gran parte de su autonomía para pasar a formar parte de una estructura superior. Aunque el debate en torno a la categoría que adquirieron estas comunidades está lejos de quedar zanjado,<sup>14</sup> podríamos concluir que, a rasgos generales, nos encontramos con comunidades políticamente autónomas y definidas jurídicamente, pero con centros urbanos mínimos o inexistentes y escasa posibilidades de desarrollar políticas de estado propias, sobre todo a un nivel internacional.

10. Prueba de ello es que Demóstenes (Dem. 16, *passim*) emplee los gentilicios «megalopolitano» y «arcadio» como sinónimos.

11. E. Hobsbawn, 2003.

12. Pausanias utilizó con profusión las fuentes de la tradición oficial megalopolitana, siendo de hecho el autor conservado en el que mejor puede detectarse esta (J. Hejnic, 1961). En relación con el mito de Licaón, por ejemplo, la versión de Apolodoro (5.8) es muy distinta: Licaón tuvo muchos más hijos, concretamente cincuenta, y las fundaciones que llevaron a cabo algunos de ellos no se corresponden con la topografía de la monarquía de Pausanias, sino que son más variadas.

13. J. Roy, 1968, p. 287.

14. Hay quienes defienden la desintegración plena de las *póleis* que, al perder su autonomía, perdieron también su estatus poliádico (J. Roy, 1972a y 1996). No obstante, como ha señalado T. Nielsen (2002, p. 433; ver también M. C. Cardete, 2005, pp. 55-56), la pérdida de la autonomía política o su limitación no implica necesariamente una incompatibilidad con el estatus de *pólis*, ya que la autonomía no es una condición *sine qua non* de una ciudad-Estado ni la eliminación de esta es un requisito imprescindible de la constitución de un sinecismo.

## 2. LA CONFEDERACIÓN ARCADIA<sup>15</sup>

### a. Origen y desarrollo de la Confederación Arcadia

Aunque Megalópolis y la Confederación Arcadia son dos realidades distintas con trayectorias diferentes,<sup>16</sup> sus fundaciones, muy relacionadas entre sí e indisolubles la una de la otra, ocurren en tiempos correlativos y tanto una como la otra son propias de la situación política, social, económica e ideológica del siglo IV arcadio,<sup>17</sup> por lo que es difícil hablar de la una sin tener en cuenta a la otra y las interacciones entre ambas son continuas mientras la Confederación existió.

La Confederación Arcadia fue fundada alrededor del 371-370, en fechas parejas a las del sinecismo de la propia Megalópolis, y a ella acabó perteneciendo buena parte de la Arcadia meridional (Xen. *Hell.* 7.4.36), pero no el resto de la región, por mucho que Megalópolis jugara la baza de publicitar una supuesta organización federal panarcadia. Es por ello por lo que el em-

15. No entraremos en la discusión historiográfica sobre si realmente podemos hablar de una Confederación o sería más exacto utilizar el término Liga. En este texto partimos de la idea más frecuente de que estamos ante una Confederación puesto que existe una asamblea federal (*IG* 5.2.1; T. Nielsen, 2002, p. 475 y 2015; J. Roy, 2000b; S. Dusānic, 1970, 338).

16. En el 223 el rey espartano Cleómenes tomó Megalópolis por asalto y mandó incendiarla (Polyb. 2.55.7; Paus. 8.27.16). No obstante, gracias en buena parte a Filopemen, fue capaz de recuperar parte de su fuerza, revolviéndose contra Cleómenes con apoyo de los aqueos y venciendo finalmente en la batalla de Selasia (222 a.C.) (Paus. 8.49.4-7; Plut. *Phil.* 5.1-5). La Confederación Arcadia, por el contrario, tuvo una vida corta y para 362 a.C. pierde toda representatividad en el mundo griego.

17. Diversos autores (especialmente W. P. Wallace, 1954 y R. T. Williams, 1965) han defendido que el federalismo arcadio tiene raíces profundas y se remontaría al menos hasta el siglo V, como supuestamente probaría la llamada acuñación ΑΡΚΑΔΙΚΟΝ (ca. 490-418 a.C.), compuesta por 641 monedas (trióbolos, óbolos y quizá semióbolos de peso egineta de plata con la figura de Zeus, sentado y con águila, en el anverso y, en el reverso, el lema ΑΡΚΑΔΙΚΟΝ o una abreviatura de este junto con la imagen de una diosa inidentificada, posiblemente Despina o Ártemis [W. P. Wallace, 1954, pp. 33-35; R. T. Williams, 1965, pp. 12-45]). No obstante, la existencia de dicha acuñación no implica necesariamente ningún tipo de proto-Estado federal (ver M. C. Cardete, 2005, pp. 194-198), ni siquiera una supuesta Anficiónía, también propuesta por algunos (recientemente, T. Nielsen, 2002, pp. 151-152 y 2015, pp. 250-252; J. Roy, 2019, pp. 248-249) como ocurre también en Eubea (J. A. O. Larsen, 1968, p. 181) o Lesbos (T. Nielsen, 1996b, p. 40). Lo más factible es que la acuñación ΑΡΚΑΔΙΚΟΝ represente sólo a determinadas ciudades especialmente interesadas en engrandecer su influencia política, tales como Tegea (M. C. Caltabiano, 1969-1970, p. 439; T. Nielsen, 1996b, p. 56; 2002, p. 144 y 2015, p. 252-253; M. Pretzler, 2009, p. 98), Herea (L. Burelli Bergese, 1987; F. W. Imhoof-Blumer, 1883, pp. 196-200), Clítor (J. Roy, 1972b, 335-336 y 340) o Mantinea (R. T. Williams, 1965, pp. 12-45).

pleo de términos como «unificación arcadia»,<sup>18</sup> referidos a la Confederación Arcadia, distorsiona notablemente el alcance identitario y político que alcanzó dicha Confederación.

Siguiendo a Pausanias (8.27.2) y, muy especialmente, al llamado decreto de Filarco (*IG* 5.2.1), el único decreto bien conservado de la Confederación, fechado ca. 366-363, esta contó con cinco primeros fundadores, a saber: la propia Megalópolis (*IG* 5.2.1, l. 23), Tegea (l. 10), Mantinea (l. 34), Clítor (l. 52) y las comunidades parrasia (Paus. 8.27.4; Diod. Sic. 15.72.4; *IG* 5.2.2, l. 6) y menalia (*IG* 5.2.1, l. 16), que para entonces muy probablemente o ya habían pasado a formar parte de Megalópolis por sinecismo o estaban a punto de hacerlo. Al poco de su fundación se unieron a la Confederación más *póleis* y comunidades: Lépreo (*IG* 5.2.1, l. 20), los cinurios (l. 40), Orcómeno (l. 46), Herea (l. 58) y Telpusa (l. 64), siendo muy posible que lo hicieran también posteriormente Estínfalo (Xen. *Hell.* 7.3.1), Lasion (7.4.12), Eua (Steph. Byz. s. v. Εὔα; Theompomp. *FGrH* 115 F61), Eutea (Xen. *Hell.* 6.5.12) y Palantio (Diod. Sic. 15.59.3).

La fecha de fundación viene marcada por la derrota espartana en Leuctra, que dio un fuerte espaldarazo a la tradicional animadversión de la Arcadia meridional contra Esparta, fuertemente instrumentalizado por la propia Megalópolis para justificar el sinecismo forzoso que le permitió constituirse.<sup>19</sup> Pero las élites megalopolitanas no hubiesen podido desarrollar su proyecto de sinecismo —que incluía, no lo olvidemos, el traslado forzoso de diversas poblaciones— sin ayuda. Y en la consecución de esa ayuda intervinieron de manera inestimable las complejas redes de tensión e interrelación política propias del siglo IV griego.

Atenas fue una de las primeras potencias a las que miraron los futuros confederados para solicitar apoyo en su estrategia de unidad frente a Esparta, pero las reticencias de Atenas (en ese momento en buena sintonía con Esparta) les volvieron hacia los tebanos,<sup>20</sup> que acabaron siendo los aliados declarados de Megalópolis a la hora de impulsar la Confederación, no tanto por simpatías políticas hacia los pretendidos confederados como por enemistad manifiesta con Esparta, que obstaculizaba el deseo tebano de expansión, y por un hábil cálculo político que les situaba como los más beneficiados del vacío

18. E. Mackil, 2013, p. 101.

19. Megalópolis llegó incluso a absorber a tres comunidades periecas espartanas (Egitis, Esciritide y Eua) para las que reclamaba un hipotético origen arcadio y, por tanto, una supuesta liberación del yugo espartano (T. Nielsen, 2002, p. 111), aunque en el caso de Esciritide el supuesto origen arcadio es más que cuestionable (Tucidides, 5.33.2 y 67.1, defendía que su población era plenamente lacedemonia).

20. E. Mackil, 2013, p. 101.

de poder que dejaría Esparta si la Confederación tenía éxito. De hecho, Tebas no sólo impulsó la Confederación, sino que también apoyó la fundación de Megalópolis (aunque eso terminaría, posteriormente, volviéndose contra ella) e incluso es posible que la refundación de Mantinea. Tampoco podemos olvidar que una de las consecuencias indirectas de la creación de la Confederación fue, precisamente, que Tebas controlara la restauración de Mesene, consiguiendo socavar el poderío espartano, ya debilitado, y ayudando a construir al gran enemigo de la Esparta posclásica, los mesenios, no tanto por su fuerza política o militar, que era muy escasa, casi nula, como por la potencia ideológica de su discurso, que aún hoy sigue contribuyendo, en más medida que casi cualquier otra característica espartana, a apuntalar la imagen de Esparta como una *pólis* militarizada, austera hasta casi lo patológico y profundamente injusta, casi robotizada según los parámetros actuales.

Estos profundos sentimientos e intereses anti-espartanos facilitaron cargar las tintas ideológicas contra Esparta y a favor de la Arcadia supuestamente unida que, en la propaganda megalopolitana, estaba detrás de la Confederación.<sup>21</sup> Fueron años muy activos en lo político tanto para Megalópolis como para la Confederación. Esta última firmó en apenas cinco años, entre 366 y 362 a.C., una *συνμαχία* («alianza») con la Élide, Argos y Beocia (Diod. Sic. 15.62.3), otra con Atenas (Xen. *Hell.* 7.4.2 y 7.4.6), otra con Pisa, Sición y Mesene (*SEG* XXII 339) y un tratado de paz con la Élide (Xen. *Hell.* 7.4.35-36).

Las grandes potencias arcadias hasta ese momento, Mantinea y Tegea, también se vieron seducidas por los cantos de sirena anti-espartanos y a pesar de —o precisamente por— llevar gobernadas desde el 370 por gobiernos pro-espartanos, decidieron apoyar el proyecto confederado, pese a los riesgos que tuvieron que asumir y a que ello les obligara a pactar, cuando la mayor parte de su larga historia como *póleis* las había visto enfrentadas la una con la otra. En Mantinea el cambio de aliados vino marcado por la prudencia y el resquemor, razón por la cual reconstruyeron sus murallas con la ayuda de otros arcadios (Xen. *Hell.* 6.5.5). Como el grupo pro-espartano de Mantinea era marcadamente oportunista y apenas tenía arraigo social no fue difícil hacerlo a un lado, a lo que también ayudó el apoyo generalizado del mundo griego a la política mantinea de auto-defensa. Por el contrario, Tegea se vio inmersa en una cruenta guerra civil, ya que en ella las élites pro y anti-espartanas tenían ambas largas tradiciones y fuertes apoyos que habían llevado a Tegea a una política ambivalente en sus relaciones tanto con Esparta como con Atenas, alternando el apoyo a la una y a la otra. Finalmente, fueron los anties-

21. S. Dusanic, 1970, pp. 286-290 y 343-345.

partanos, apoyados por Mantinea, quienes se hicieron con el control de la situación (Xen. *Hell.* 6.5.5-10).

Aparte del decisivo impulso de las políticas anti-espartanas, el otro gran puntal en el que se apoyó la Confederación Arcadia fueron las ambiciones megalopolitanas. Como decíamos antes, tanto Megalópolis como la Confederación Arcadia son realidades distintas y no intercambiables, pero sí profundamente entrelazadas y, aunque ambas existieron de forma independiente, creo que sin la existencia de Megalópolis la Confederación posiblemente no hubiese llegado a constituirse o, al menos, no hubiese tenido el apoyo del mismo número de *póleis* arcadias.

Defiendo, por tanto, que la Confederación no fue el punto de partida de la construcción de Megalópolis, sino que, por el contrario, Megalópolis —una parte más pequeña del ambicioso plan panarcadio que animó la Confederación— fue la piedra de toque sobre la que se edificó dicha Confederación y que, como tal, ejerció sobre ella cierto liderazgo, de un modo, ciertamente, mucho menos presidencialista y autoritario que aquel que Tebas empleó para regir los destinos de la Confederación Beocia y que no permite hablar de «capitalidad» ni de un concepto similar.<sup>22</sup>

Megalópolis fue pues el primer paso en ese proyecto panarcadio que nunca llegó a ser más que una ficción con buena propaganda. La Confederación fue el segundo y tuvo una vida más corta y azarosa. Esta hipótesis se sostiene en los siguientes cuatro puntos.

Primero, el número de *δαμογγοί* de Megalópolis que aparece en el decreto de Filarco es el más elevado de todas las *póleis* participantes: diez frente a los cinco de Mantinea o Tegea (sus inmediatas seguidoras en influencia política), Cinuria, Orcómeno, Clítor, Herea y Telpusa, los tres de la Menalia<sup>23</sup> y los

22. E. Close, 2017, pp. 47-49; T. Nielsen, 2002, p. 481 y 2015, p. 264; J. Roy, 2000b, p. 314; 2007, pp. 291-292 y 2019, p. 251. En general, la historiografía defiende una relación inversa: la Confederación Arcadia fue la que impulsó la construcción de Megalópolis, como puede verse, por ejemplo, en J. B. Bury, 1898; H. Braunert y H. Petersen, 1972; S. Hornblower, 1990; J. A. O. Larsen, 1968; T. Nielsen, 2015, pp. 257-258; J. Roy, 2005, pp. 262-263.

23. La tribu menalia contaba con al menos diez comunidades para estas fechas, pero sólo tiene tres *δαμογγοί*, lo cual hace plausible que sólo una parte de dicha tribu estuviera en ese momento implicada en la Confederación (J. Roy, 2005, p. 263), uniéndose posteriormente algunas más (Asea, Palantio, Dipea, Eutea, Yasea y Peretes: Paus. 8.27.3). Que las tribus menalia y parrasia consten en el decreto de Filarco como distintas a Megalópolis no demuestra, como algunos han indicado (J. Roy, 2005, p. 266) que Megalópolis, que las absorbió, no existiera todavía. Primero, porque el sinecismo es un proceso largo que no se produce en una fecha concreta, sino a lo largo de varios años y, segundo, porque, incluso aunque ya hubiesen sido absorbidas, conceder cierta representatividad y autonomía a comunidades obligadas a unirse por el sinecismo era una forma de mantenerlas bajo control.

dos de Lépreo. No sabemos con seguridad cuáles eran las competencias y atribuciones de los *δαμοργοί*, pero sí que ejercían algún tipo de representación oficial o magistratura,<sup>24</sup> pudiendo ser comparados, con las debidas precauciones, con los beotarcas de la Confederación Beocia, que contaban con poder decisorio en los asuntos estatales.<sup>25</sup>

Segundo, lo más probable es que las reuniones de los llamados «Diez Mil» (los Μύριοι, la Asamblea de la Confederación Arcadia; Paus. 8.32.1; Harp. *s. v.* Μύριοι ἐν Μεγάλῃ πόλει), tuvieran lugar en Megalópolis. No se sabe con exactitud dónde, pero el emplazamiento más probable por tamaño (66,64×52,42 m) y capacidad (cercana a las nueve mil personas), centralidad y representatividad es el Tersilio (Paus. 8.32.1), un edificio emblemático de la nueva urbe que absorbió una buena parte del presupuesto constructivo de la misma,<sup>26</sup> lo cual no es baladí en una ciudad que levantó, entre 360-330, uno de los teatros más grandes de la Grecia antigua, así como una gran ágora monumentalizada (fig. 2).<sup>27</sup>



FIGURA 2. Vista del Tersilio y del teatro de Megalópolis desde el norte (foto de la autora).

24. T. Nielsen, 1996a, p. 94 y 2002, pp. 473 y 477.

25. J. A. O. Larsen, 1968, p. 193.

26. V. Tsiolis, 1995, p. 52.

27. M. Osanna, 2005. Se ha propuesto que el teatro también podría servir como lugar de encuentros de reuniones políticas del cuerpo ciudadano (E. Close, 2017, pp. 23-24 y 48-49; C. D. Verfenstein, 2002, pp. 36-41), incluso de los propios *μύριοι* (C. D. Verfenstein, 2002, pp. 36-41).

La utilidad del Tersilio no es del todo clara. Se trata, sin duda, de un edificio cívico, representativo y monumentalizado, pero pudo ser utilizado tanto como ἐκκλησιαστήριον o sala de asambleas como con fines festivos, de tipo agonístico.<sup>28</sup> Cualquiera de estos usos permitiría que también fuera empleado como lugar de reunión de la Asamblea de la Confederación. Como bien señaló en su momento Bury<sup>29</sup> y defendió posteriormente Petronotis,<sup>30</sup> lo que sería realmente atípico es que el Tersilio hubiese sido creado *ad hoc* para la reunión de la Confederación, porque en ese caso tendría que haber quedado fuera de la jurisdicción propiamente políada, lo cual conduciría a una situación anómala, de Estado dentro del Estado o «double city» que no parece pudiera interesar sostener a las élites megalopolitanas.

Tercero, la construcción de una ideología panarcadia tuvo siempre a Megalópolis por centro y motor, creadora de continuas justificaciones ideológicas ancladas en lo cultural, como ya vimos en la primera parte de este análisis. Dichas justificaciones existieron mucho después de que la Confederación hubiese desaparecido y se circunscribieron siempre a los territorios absorbidos y dominados por Megalópolis, aunque se presentaran como comunes a todos los arcadios. El propio nombre de la Asamblea confederada recuerda sospechosamente a los delirios de grandeza megalopolitanos: los Μύριοι, lo que nosotros traducimos como los «Diez Mil», aunque Μύριοι sea un número incontable, tan hiperbólico como todo lo que rodea a una ciudad que se llamó a sí misma Megalópolis a pesar de no llegar a contar nunca con mucho más de treinta mil habitantes,<sup>31</sup> para los que construyó unas murallas de 9 km de largo<sup>32</sup> que circundaba un área habitable intramuros de 3,5 km<sup>2</sup>, aproximadamente,<sup>33</sup> y un teatro con capacidad para veinte mil espectadores (Paus. 8.32.1; véase fig. 2). Obviamente, no puede entenderse este despilfarro con modernos parámetros racionalistas de ocupación del espacio y gestión de los recursos, sino con las miras puestas en un juego político de ostentación arquitectónica cívica que había ido sustituyendo a una monumentalización templaria que, como marcador de autoridad y poder, ya no era tan relevante.<sup>34</sup>

Cuarto, la supremacía de Megalópolis no implica en ningún caso que las otras dos candidatas históricas a regir los destinos de la Confederación, Mantinea y Tegea, no ejercieran una influencia importante ni fueran necesarias

28. V. Tsiolis, 1995.

29. J. B. Bury, 1898.

30. A. Petronotis, 1973.

31. J. Roy, 2007, p. 293.

32. H. Braunert y H. Petersen, 1972, p. 59; J. Roy, 2007, p. 289.

33. E. Close, 2017, p. 20; A. Petronotis, 1973, p. 174; J. Roy, 2007, p. 291.

34. C. Morgan, 2009, p. 163.

para que la Confederación saliera adelante, implicándose en ella a través de concesiones de poder y, al tiempo, beneficiándose de la fuerza que podía llegar a suponer.<sup>35</sup> De hecho, Jenofonte (*Hell.* 6.5.6) hace referencia a la importancia de Tegea en la gestión de la Confederación y el decreto de Filarco apareció en ella. La posibilidad de que fuera Mantinea la cabeza visible de la Confederación (opción defendida por Dusănic)<sup>36</sup> es menos probable. Es cierto que Diodoro (15.59.1) cuenta que fue el mantineo Licomedes quien primero propuso formar una confederación para unir a todos los arcadios. Siendo eso posible, lo que es dudoso es que Mantinea llevara la voz cantante en el proceso, puesto que, en ese caso, habría tenido que compartir liderazgo con Tegea y fueron precisamente las disputas entre mantineos y tegeatas las que acabaron arruinando el proyecto confederado.

## b. Funcionamiento de la Confederación Arcadia

En cuanto al funcionamiento político de la Confederación, la información resulta escasa y, por tanto, la especulación al respecto es amplia. Respecto a los Μύριοι o Asamblea, asistidos por una *boulé* (*IG* 5.2.1, ll. 2-3), contamos con documentación epigráfica sobre su existencia (*IG* 5.2.1, l. 4), pero no sabemos a ciencia cierta con cuántos representantes se conformó o cómo eran elegidos (Larsen considera que la representación era proporcional a la población de las *póleis* federadas,<sup>37</sup> lo cual no deja de ser una hipótesis lógica, pero indemostrable hoy por hoy) y tampoco conocemos bien su funcionamiento, pero si seguimos a Jenofonte, que da algunos detalles, debieron tener suficiente poder como para elegir a los arcontes federales (*Xen. Hell.* 7.1.23-25), anular las decisiones de estos, enviar embajadas y tomar la iniciativa en política exterior (7.4.34 y 7.4.2), y quizá también para conducir auditorías (7.4.34) y servir de corte de justicia (7.4.33).

Aparte, se encargaban probablemente de elegir al estratego quien, presumiblemente, ostentaba su cargo por un año, aunque podía ser reelegido (*Diod. Sic.* 15.67.2; *Xen. Hell.* 7.3.1). Conocemos la identidad de dos estrategos de la Confederación: Licomedes de Mantinea, que disfrutó de dos man-

35. Un ejemplo de este juego de cesiones y asunciones es, por ejemplo, el hecho de que Mantinea renunciara a la posibilidad de expandir su control por la Menalia del norte y la Parrasia, mientras que los tegeatas lograron cierta ascensión sobre los menalios del sur; a cambio los mantineos reforzaron sus relaciones con Helisonte y frenaron el avance del poder orcomenio (J. Roy, 2005, pp. 264-265).

36. S. Dusănic, 1970, p. 285.

37. J. A. O. Larsen, 1968, pp. 187 y 189.

datos seguros (370-369 y 369-368; Diod. Sic. 15.62.2 y 15.67.2) y otros dos probables (371-370 y 366; Diod. Sic. 15.59.1 y Xen. *Hell.* 7.3.1), y Eneas de Estínfalo, que ostentó el cargo ca. 367-366 (Xen. *Hell.* 7.1.23-24 y 7.3.1).<sup>38</sup>

En cuanto a los arcontes federales, es posible que fueran los mismos que los *δαμοργοί*, pero no se sabe a ciencia cierta si fue así, ni cuál fue exactamente el alcance de sus poderes.<sup>39</sup> También sabemos que la Confederación mantuvo un ejército permanente ciudadano (Xen. *Hell.* 7.4.33-34) de máximo unos cinco mil miembros,<sup>40</sup> los conocidos como *ἐπάριτοι* (Diod. Sic. 15.62.2) con funciones mixtas, como tropas regulares y como policía cívica. Cada ciudad federada asumía la responsabilidad de pagar una parte de este ejército (Xen. *Hell.* 7.4.34),<sup>41</sup> así como recaudaba y aportaba una parte de los impuestos, posiblemente según el tamaño de su población, aunque esto también es sólo una hipótesis.<sup>42</sup>

En lo que respecta a la orientación política del gobierno confederado también hay más incógnitas que certezas. Autores muy posteriores a los hechos, como Claudio Eliano (*VH* 2.42) y Diógenes Laercio (3.23), dicen que arcadios y tebanos propusieron a Platón como su legislador y que él rechazó el ofrecimiento porque ninguno encajaba con sus principios isonómicos, lo cual podría entenderse como un rasgo autoritario y pro-oligárquico, pero también, simplemente, como un desencuentro ideológico y de matiz, ya que Platón no era precisamente un defensor de la democracia.

Su animadversión por Esparta tampoco es equivalente a constituirse con perfil democrático, aunque muchas veces ambas cosas se equiparen. Como tampoco aclara nada concreto el hecho de que la Asamblea se llamara *Μόριοι*, pues, como indican Roy y Nielsen,<sup>43</sup> tanto puede leerse como un número limitado (siendo diez mil una hipérbole) que indique tendencia oligárquica o —lo que es más probable según el contexto grandilocuente de Megalópolis que antes indicábamos— como un incontable que puede hablar de apertura democrática, aunque no haya certeza de ello. Sí es más elocuente (aunque no

38. T. Nielsen, 2002, p. 480.

39. T. Nielsen, 2002, p. 480.

40. La cuantía de las tropas es realmente una de las incógnitas. Es cierto que la cifra de ca. cinco mil miembros ha sido, por lo general, aceptada, pero no lo es menos que, tal y como defiende J. A. O. Larsen (1968, p. 188), son muchos hombres para un ejército regular. Otros han propuesto cifras quizá demasiado reducidas (por ejemplo, H. W. Parke, 1935, p. 93, para quien serían menos que la Unidad Sagrada Tebana), sobre todo teniendo en cuenta la tendencia a la megalomanía y la ostentación hiperbólica por parte de Megalópolis.

41. S. Dušanić, 1970, p. 342; J. A. O. Larsen, 1968, p. 188; T. Nielsen, 2002, p. 490; W. K. Pritchett, 1974, p. 225.

42. J. A. O. Larsen, 1968, p. 189.

43. T. Nielsen, 2015, p. 262; J. Roy, 2000b, p. 314.

definitorio) que sus tratados y alianzas fueran, generalmente, con Estados democráticos o de tendencias demócratas.<sup>44</sup>

Lo que no reviste dudas es el cariz anti-espartano (Xen. *Hell.* 7.1.23-24) de la Confederación, lógico teniendo en cuenta que enfrentarse a Esparta fue una de las causas de su fundación. Tal enconamiento es más que palpable en sus decisiones relativas a política exterior. En este frente la unidad de las *póleis* confederadas es cuasi unánime, pues sólo Estínfalo firmó un tratado (con Atenas en el 368-364; *SEG* 36.147) como Estado independiente durante el período de vigencia de la Confederación, mientras que la Confederación como tal rubricó varios acuerdos, todos ellos anti-espartanos, tal y como indicamos anteriormente.

### c. La disolución de la Confederación Arcadia

Como decíamos antes, la Confederación tuvo una vida muy breve, pues para el 362 a.C. puede ya hablarse de escisión. ¿Cuáles fueron las causas de esta? Sobre todo, de índole económico y sociopolítico. En lo que respecta a las causas económicas, aún falta mucho por analizar, sobre todo en el plano arqueológico, pero es interesante rescatar la hipótesis ya esbozada por S. Dusănic según la cual el sinecismo de Megalópolis y el movimiento poblacional aparejado debieron afectar directamente al aprovechamiento de la tierra y el trabajo agrícola de casi todo el sur de Arcadia,<sup>45</sup> que a partir de ese momento vio cómo se acrecentaban los movimientos de tropas y la pérdida de cosechas, sometidas a los avatares políticos. Las elites terminarían encontrando demasiado gravoso financiar las continuas guerras internas y externas de la Confederación.

Pero es que, además, esas elites nunca llegaron a desarrollar una conciencia de unidad, como demuestran los continuos enfrentamientos sociopolíticos que suponen la otra gran causa de la extinción de la Confederación. La situación en el Peloponeso a mediados del siglo IV a.C. era cada vez más inestable (como muestra, Xen. *Hell.* 7.4.33-40 y 7.5.1-27) y eso pasó factura a una Confederación que se basaba en las alianzas. Lo que en un principio había sido un puntal para el desarrollo de Megalópolis y de la Confederación —el apoyo de Tebas—, acabó convirtiéndose en un peligro, puesto que los atenienses no estaban dispuestos a luchar contra el poder espartano para acabar cayendo bajo el dominio tebano. Hasta tal punto llegó la desconfianza ateniense respecto a

44. E. Close, 2017, pp. 40-41; T. Nielsen, 2002, p. 490; J. Roy, 2000b. Ver, por ejemplo, Xen. *Hell.* 7.2.5-3.1.

45. S. Dusănic, 1970, p. 305.

Tebas que acabaron firmando un curioso acuerdo con Esparta. El temor al exponencial crecimiento tebano asaltó también a la propia Confederación que, con Licomedes de Mantinea a la cabeza y ante la segunda incursión de Epaminondas en suelo peloponesio (369), convenció a los arcadios de apartarse del empuje tebano, no fuera a acabar convirtiéndose en un tirano peor que Esparta. El apoyo tebano al auge de Megalópolis tampoco ayudaba a calmar los ánimos entre unas ciudades confederadas que ya veían con recelo el liderazgo megalopolitano.<sup>46</sup> Aprovechando este cierto extrañamiento en las relaciones con Tebas y una mayor apuesta por la independencia de la Confederación, se unieron a ella Orcómeno, que se había mostrado partidaria de Esparta y muy reacia al poder megalopolitano (Xen. *Hell.* 6.5.11-29), y Herea<sup>47</sup> y se firmó una alianza con Mesene y las ciudades trifilias, que luchaban, a su vez, por escapar del cada vez más asfixiante control eleo. La creciente tensión acabó estallando en la ya mencionada «batalla sin lágrimas» (368-367), en la que Esparta, apoyada por los siracusanos de Dionisio I, venció a los levantiscos en un verdadero canto del cisne del poder espartano en el Peloponeso.

La tercera expedición tebana al Peloponeso no se hizo esperar (367). Ante la evidente amenaza que suponía Tebas para las distintas *póleis* arcadias, estas se desvincularon de las alianzas que habían mantenido con Tebas y se unieron a Atenas, otra de las primero aliadas y posteriormente enemigas del poder tebano. La muerte del estratego de la Confederación, Licomedes de Mantinea en el 366, teóricamente por parte de renegados arcadios, supuso un duro golpe a la unidad de la Confederación, que empezó un rápido declive.

Intentando mostrar y acrecentar su fuerza en el Peloponeso, la Confederación fue a la guerra con la Élide, un enemigo tradicional, en 365. Para 364 la Élide pierde el derecho a presidir los Juegos Olímpicos a favor de las *póleis* confederadas. Un año después la Confederación avanza en su política de control sobre los eleos y comienzan a utilizar el dinero del tesoro de Olimpia para pagar los gastos de la guerra (Xen. *Hell.* 7.4.33). Una decisión de esta índole no se tomó ni fácilmente ni sin costes, pues los mantineos consideraron que se trataba de una acción impía de consecuencias devastadoras y se opusieron a ella. Mantinea no sólo se negó a acatar la decisión confederada, sino que también se negó a aceptar el castigo impuesto, provocándose un cisma dentro de una Confederación cuyo equilibrio de poder siempre había sido precario. Mantinea no entregó a sus representantes, como se le había exigido,

46. S. Dusănic, 1970, p. 295.

47. Orcómeno y Herea se habían mantenido al margen de la Confederación en gran parte por sus malas relaciones tradicionales con Mantinea y/o sus reticencias a diluirse en un grupo mayor (Xen. *Hell.* 6.5.11 sobre Orcómeno y Xen. *Hell.* 6.5.22 sobre Herea), así que es posible que su decisión final de unirse a la Confederación fuera en parte forzada (T. Nielsen, 2015, p. 260).

pero es que además consiguió que la asamblea confederada acabara condenando el uso espurio confederado de los tesoros olímpicos.

Lo que pudiera verse como una decisión de cariz meramente internacional acabó teniendo importantes consecuencias internas, ya que, como resultado, los medios económicos para mantener a los ἐπίριτοι en sus cargos disminuyeron (pues las élites confederadas no aportaron más fondos a la causa) y quienes no pudieron mantenerse en su cargo sin sueldo fueron sustituidos por δυνάμειοι, es decir, por ciudadanos con mayores posibilidades económicas y, por tanto, con un perfil más conservador, lo que sin duda influyó en la política confederada y en el auge de los grupos oligárquicos dentro de los diferentes Estados.

Ante el rápido cambio de escenario, algunos representantes de la Confederación pidieron ayuda a Tebas instándola a actuar si no quería que la Confederación acabara aliada a Esparta y enfrentada a Tebas. Aprovechando la coyuntura, Epaminondas invadió Arcadia, algo que probablemente no se hubiese atrevido a hacer si los propios arcadios no se lo hubiesen facilitado. El resto de los confederados pidió ayuda a Atenas, lo que significó que la Confederación se escindiera en dos. Mientras que grandes πόλεις como Tegea y la propia Megalópolis (Xen. *Hell.* 4.2.13 y 7.5.5), a cuyo sinecismo Tebas había contribuido en gran medida,<sup>48</sup> apoyaron a los tebanos, Mantinea y otras πόλεις menos relevantes se unieron con la hasta entonces enemiga mortal, Esparta. No está claro hasta qué punto este fue un enfrentamiento de modos de entender la política (oligárquicos contra demócratas o incluso demócratas radicales contra moderados) o más bien una lucha entre tendencias confederadas y tendencias disgregadoras. Posiblemente, de hecho, estemos ante una compleja mezcla de todas ellas, unidas a graves problemas internos de las πόλεις en liza que buscaban resolverse en la arena internacional.

Ambas facciones se encontraron en el 362 a.C., en la segunda batalla de Mantinea, una victoria pírrica para los tebanos quienes, aunque ganaron la lucha concreta, perdieron en ella a su cabeza visible, Epaminondas, y asistieron al principio del fin del efímero poderío tebano.

Otra de las consecuencias de este enfrentamiento fue la disolución de la Confederación Arcadia. Aunque la segunda batalla de Mantinea y el 362 son sólo un hito cronológico que nos ayuda a organizar los complejos procesos políticos del momento y, por tanto, es más que posible que la Confederación siguiera funcionando algún tiempo entre envites cada vez más duros para disolverse y facciones enfrentadas (la mantinea y la megalopolitana-tegeata) que no tenían especial interés en llegar a un acuerdo, la aparente unidad de

48. M. Moggi, 1976, p. 316 y 1991, p. 1038.

actuación que se había mantenido hasta la fecha se pierde<sup>49</sup> y con ella el experimento político que supuso la Confederación Arcadia.

### 3. CONCLUSIÓN

Desde el momento mismo del sinecismo, motivado por el deseo de presentar un frente poderoso que oponer tanto al tradicional enemigo espartano como a las crecientes amenazas de un mundo en fragmentación y el de adquirir una voz cualificada en el complejo entramado de alianzas y contraalianzas que definen la reordenación del mundo griego tras las Guerra del Peloponeso, Megalópolis desarrolló un entramado de justificaciones ideológicas que apuntalaran su identidad y la unieran directamente a un supuesto pasado de unidad arcadia que nunca existió, pero que, sin embargo, se ha convertido en todo un mito historiográfico conocido como «*éthnos* arcadio». <sup>50</sup> Dichas justificaciones utilizaron con profusión los mitos, ritos y deidades propias de la zona anexionada, pero se les hizo pasar por realidades religiosas panarcadicas tan antiguas que cualquier entidad vinculada a ellas pasara a quedar fuera de las réplicas políticas del momento.

Aunque fijar una cronología precisa del momento es casi imposible y tanto la fundación de Megalópolis como la de la propia Confederación Arcadia van de la mano, creo que, en su afán de representación ideológica y política, Megalópolis, una parte relativamente pequeña pero muy nuclear del proyecto panarcadio, fue el punto de partida y la fuerza motriz para la constitución y desarrollo de la Confederación Arcadia, que, a pesar de tener una vida muy breve, supuso un impulso importante para el posicionamiento político de Arcadia en el nuevo mapa heleno.

La batalla de Mantinea, que supuso el canto del cisne de la Confederación Arcadia y dañó seriamente los intereses de Megalópolis, marcó el ocaso de la supuesta, y por demás efímera «unidad arcadia», que continuó siendo defendida ideológicamente durante algunos años más por Megalópolis, pero con escaso éxito, así como el principio del fin tanto de la hegemonía tebana como de la importancia concedida al Peloponeso en los asuntos griegos.

49. J. Roy, 2000a, p. 136; J. A. O. Larsen, 1968, p. 193.

50. M. C. Cardete, 2016, pp. 126-138. En relación directa con el valor del término *éthnos* a la hora de definir a los Estados federales, E. Mackil, 2014, p. 276 señala que en dicho ámbito y durante el siglo IV a.C. el término *koinón* es más frecuente en la documentación oficial de tipo epigráfico, mientras que se emplea *éthnos* para describir dichos Estados a un nivel informal y/o emocional. Así pues, puede relacionarse el auge del término *éthnos* con los intereses políticos de los sistemas federales, que los retrotraen a un supuesto pasado ancestral.